

EL PECADO

P. Alex Satyrka SJ

El mal se ha presentado de muchas maneras. A veces en las tradiciones religiosas se presenta como un principio en competencia con otro principio que es el bien como si ambos fueran coeternos y estuvieran en una batalla permanente sin embargo, la fe cristiana subraya que el único que existirá eternamente es el bien.

El mal es un accidente. Utilizando los términos propios de la filosofía antigua, se dice que el mal no tiene densidad ontológica es decir, no tiene "ser" en sí mismo y necesita que algo o alguien (más bien alguien) que tenga "ser", que exista, le preste su existencia para manifestarse y por lo tanto el mal no es una conciencia que en algún lugar está planeando cosas como tampoco es una persona que pueda tomar decisiones.

Decir que el mal no tiene densidad ontológica, que no tiene existencia en sí mismo, no es negar que exista. El mal existe y existe cada vez que uno de nosotros en lugar de tomar una decisión basada en nuestro principio y fundamento (un acto de entrega de sí en libertad y gratuidad) lo hace basado en auto-centrismos bajo la pretensión de que la felicidad es el "ser"; pensando en encontrar y atesorar dentro de sí todo lo que se necesita para ser feliz; tratando de asegurar esa falsa felicidad, esa falsa seguridad.

El mal, entonces, es un dinamismo. Es una manera de entender la vida y posicionarse en ella. Es un mecanismo que se hace presente de acuerdo a la psique, a la mentalidad, a las características de la personalidad de aquellos que están engañados, enfermos y quienes toman decisiones con base en este dinamismo y no con base en el dinamismo divino.

El relato que por antonomasia nos ayuda a entender la dinámica del mal es el pecado de Adán y Eva (lo encontramos en el capítulo III del Génesis). En este relato (un poquito antes: finales del capítulo II) se presenta cómo era la vida de Adán y Eva en el Paraíso antes "de la caída" es decir, antes del engaño, antes de que el mal irrumpiera en sus vidas, antes de que este dinamismo apareciera.

A través de un lenguaje poético, metafórico, este relato transmite verdades muy profundas. Se describe una realidad en armonía: Adán y Eva están en armonía con Dios; están en armonía unos con otros; están en armonía con su entorno. Ellos eran los que cuidaban el Jardín del Edén y Dios les había señalado actividades, cosas concretas, las formas en cómo podían encarnar el amor. Ellos utilizaban lo que Dios les había dado es decir, su raciocinio, su capacidad de trabajo, de concretar, y todo de una manera natural sin problemas. Dentro de esa realidad idílica aparece el mal como una tentación, como una especie de contagio. Aparece ahí la famosa serpiente que en este relato creacional representa al mal.

La serpiente se acerca a Adán y Eva y comienza por mentirles diciéndoles que no pueden comer de ninguno de los árboles del jardín lo cual, quienes hay leído los capítulos anteriores saben que, no es cierto ya que Adán y Eva podían gozar de todos los árboles del jardín y sólo había un árbol que tenían prohibido y eso es lo que Eva responde y lo hace desde su ingenuidad, creyendo que la serpiente está equivocada y lo que sólo busca es saber la verdad. Ella le dice que pueden comer de cualquiera de los árboles y solamente uno de ellos está prohibido y que si lo hacen, inclusive si lo tocan, morirán. La serpiente vuelve al ataque diciéndoles que no morirán y que eso una mentira ya que en realidad Dios tiene miedo porque

si comen de ese fruto serían como dioses. Finalmente dice el relato que Adán y Eva ven que es un árbol apetitoso, bonito, que la fruta parece que es buena y se la comen. Entonces viene "la caída".

Antes de pasar a cómo este relato describe "la caída", podemos hacernos algunas preguntas: ¿Quién es la serpiente?, ¿de dónde vino? Recuerdo que en un taller que impartí había una persona que insistía en saber cómo se había originado todo. Si Adán y Eva fueron engañados por la serpiente entonces, ¿quién engañó a la serpiente?, etc. etc. No podemos preguntarnos eso, si creemos que efectivamente el mal es un dinamismo que aparece en la existencia, en la realidad, en este devenir de lo creado, que aparece en el momento en que alguien utiliza su libertad de manera equivocada. Nosotros recibimos la libertad para amar, para convertirnos en vida para los demás pero la mera existencia de la libertad implica correr el riesgo de elegir de manera equivocada es decir, no para darme a los demás sino para quitarle a los demás. En vez de tener una actitud altruista poniendo al otro como referente y ejercitando este deseo de amar y de entrega por el otro, ponemos como referente a un YO y ese YO es ficticio, no existe. En vez de compartir y dar vida, tomamos una actitud depredadora, una actitud de apropiación.

Crearnos libres fue un riesgo que Dios tuvo que tomar para que pudiéramos acceder a la experiencia del amor a su manera, libre y gratuito. Sin libertad no podríamos acceder al misterio de la vida eterna. Una vez que Dios nos entrega la libertad, no puede tomarla de regreso y yo creo que es algo que muchos padres han podido experimentar con sus propios hijos. Les deben dar la libertad para que puedan llegar a ser lo que están llamados a ser y eso implica correr un riesgo pues podrían tomar decisiones equivocadas. Sin libertad, los hijos no pueden iniciar su proceso de crecimiento, de maduración para hacerse cargo de su propia vida y convertir esa vida en don y alegría para los demás. No es posible dar libertad sin correr el riesgo.

Volviendo a cómo apareció el mal. No es en la Sagrada Escritura sino en los escritos apócrifos (no estamos obligados a creer) donde aparece un relato que habla del ángel caído: Lucifer –el que lleva la luz–, era el ángel de la luz. Este relato apócrifo presenta a los ángeles como realidades "creaturales". No son Dios y son creaturas igual que nosotros es decir, están sujetos a la misma realidad de toda la creación. Son creaturas volitivas, tienen voluntad y libertad y por lo tanto, también ellos corren riesgos al decidir o sea que Dios también corrió el riesgo al crearlos así. Según el relato lo que dio al traste con el pobre de Lucifer fue su indignación ante la manera en cómo Dios trataba al ser humano ya que él sentía que por su condición espiritual era superior a la condición de esta creatura material.

En el fondo lo que hay detrás de este relato es una verdad universal, tanto nosotros como los ángeles caídos estamos enfermos. Lucifer está enfermo. A lo mejor él está muy enfermo y nosotros andamos nada más medio enfermos. Yo creo que este relato ha tratado de subrayar –a lo largo de la historia de salvación y doctrina cristiana– que tenemos entre manos algo muy serio: si no atiendes tu enfermedad se hace mortal y entonces sí, es una muerte eterna. En esto, también, Jesús es muy claro en los evangelios.

Como pueden ver cada uno de nosotros tiene entre manos algo muy serio pero además tiene una gran responsabilidad que Dios no puede tomar. Dios sólo puede invitarnos a dejarnos sanar por Él en el ejercicio de nuestra libertad y manteniéndose en la frontera hasta donde le permite, precisamente, este respeto de nuestra libertad. Dios tiene que ser necesariamente

discreto. Se hace presente y contundente sólo lo necesario pues de otra forma, su misma presencia apabullaría nuestra libertad, la anularía, y al anularla quedamos anulados nosotros mismos. En su infinita sabiduría, Dios, se mantiene en la frontera, permitiéndonos ejercitar nuestra libertad todos los días, a cada instante, en todo momento. Ejercitar esta libertad implica amar desde esa libertad y sin embargo el peligro está latente: equivocarnos y optar por otra cosa.

Dejando a un lado esta pregunta de ¿y quién fue el infeliz que hizo que el mal encarnara?, hay que volver a subrayar que el mal no tiene existencia. Aquellos que queden vinculados al mal su condena o su destino o su futuro es la nada. En cambio Dios nos invita a una vida eterna, esa es la diferencia, que podemos empezar a experimentar (como también hemos dicho varias veces) desde ahora. La podemos empezar a vivir en la medida en que nuestras decisiones nos lleven a posicionarnos en la realidad desde la perspectiva de la donación de sí, del amor, entendido el amor como obras concretas es decir, encarnado.

Volvamos con Adán y Eva ¿En qué consiste su pecado?, o sea ¿cuál es el pecado de Adán y Eva? Podríamos decir que su pecado es la soberbia porque quieren ser como Dios. Podríamos decir que es la desobediencia porque aunque Dios les había dicho una cosa hicieron lo que se les dio la gana. En fin, podríamos decir muchas cosas pero en el fondo este relato nos transmite la esencia profunda del pecado. El pecado fundamental, el pecado que describe el relato de la caída de Adán y Eva es el creer que yo puedo vivir, encontrar mi felicidad, prescindiendo del otro. Ese es el pecado: prescindir del otro. Puesto en otras palabras, es creer que no nos necesitamos mutuamente.

Fíjense lo que dice el relato. La serpiente les dice coman de esto y van a ser como Dios. Ser como una persona en particular equivale a decir que no la necesitas. Para qué la quieres si ya tienes todo lo que tiene esa persona pero, eso es una falacia, y es lo que está en el centro del dinamismo del mal. El dinamismo del pecado te lleva a creer que hay manera de encontrar la plenitud y la felicidad prescindiendo de tu entorno y, sobre todo, prescindiendo de las otras personas. Si Dios es Persona (como ya lo decíamos), entonces lo que el mal espíritu les está diciendo es que ellos podrían ser felices, tienen la capacidad de encontrar la plenitud de su vida, prescindiendo de ese que ha estado viniendo a engañarlos.

De hecho el truco, el engaño del mal espíritu, comienza por sembrar en el corazón de Adán y Eva una duda. Hasta entonces, Dios había sido un aliado, un amigo, alguien que los complementaba, con quien se sentían a gusto y sin embargo la serpiente se ocupa de insertar la duda de que a lo mejor Dios nada más los está engañando y en el fondo no es la persona que aparenta ser. A eso –en términos espirituales– se le conoce como malicia y la malicia es una enfermedad del espíritu. Adán y Eva quedan inoculados, infectados de malicia. La malicia es lo que les incapacita para poder vivir con Dios y, eventualmente, entre ellos de una manera sana como personas. Junto con la inoculación del mal aparece una auto-identidad o una auto-conciencia falsa. Adán y Eva dejan de ser personas en potencia (recuerden el término griego de hipóstasis: identidades relacionales que mientras más se relacionan, más son ellos mismos). Hay una especie de ruptura o de sabotaje de esa capacidad personificante con la que Dios los creó y aparece una nueva identidad falsa a la que se denomina en la Mistagogía cristiana EGO que no tiene nada que ver con las definiciones de los psicólogos contemporáneos. Cuando decimos EGO es desde la perspectiva de una autoimagen, un concepto de mí mismo falso o

podríamos decir diabólico. Etimológicamente diabólico quiere decir que no da en el blanco, que calumnia, que transmite una falsedad

¿Qué es lo paso ahí? Adán y Eva empezaron a sospechar de Dios y en el momento que acogieron esa sospecha, en el momento en que la alimentaron, surgen dos experiencias inhumanas, diabólicas, falsas, calumniosas que son el miedo y la vergüenza. Hasta entonces nunca lo habían sentido. No sabían que era eso. Cuando en el relato otra vez en sentido metafórico (poético) Dios llega a pasear como todos los días y a platicar con ellos, no los encuentra y empieza a preguntarles dónde están y ellos le contestan que están escondidos porque tienen vergüenza (antes el relato dice que tuvieron miedo). Inmediatamente el Dios de este relato capta que ahí paso algo “¿Quién les dijo que estaban desnudos?, ¿acaso comieron del árbol que les dije que no comieran?”. Detrás de esta situación hay una vivencia de ruptura junto con una visión falsa de quien soy yo (parte fundamental del dinamismo del mal). Una visión diabólica de quien soy yo aparece y casi al mismo tiempo aparece, también, una visión falsa de Dios. Ahora Dios es un ídolo, un eidolon (decían los griegos) que quiere decir la imagen de algo que no existe. El Dios con el que empiezan hablar Adán y Eva desde ese momento y en adelante es un ídolo. Es una proyección de su propia proyección de pecado. El principio del mal está basado en un dinamismo de auto-centramiento, de depredación, de creer que uno puede vivir sin los demás (como lo dije antes).

Cuando nosotros pensamos en el mal, tal vez, nos imaginamos al líder del cártel del Golfo o a un asesino o algo parecido pero nosotros podríamos estar ante el filántropo o la filántropa más grande del mundo, la persona que da más plata para ayudar a los demás y ahí podría estar incubado el mal. Todo el bien que hace podría ser sólo un alimentador de su EGO. Pasando al otro extremo, el ideal romántico del guerrillero, heroico, que hasta su vida entregó en la batalla por la defensa de los pobres y no sé qué más... pues ahí podría estar el EGO. El EGO se disfraza de muchas maneras al igual que los virus que mutan cuando las células ya los reconocen y aprenden a defenderse de ellos. Para seguir haciendo daño, para infectar nuevamente a los organismos, un virus muta. Entonces, dentro de nuestra realidad, dentro de la realidad del mundo en el que estamos, el EGO también muta y se puede disfrazar de todo hasta de los valores más humanos, más profundos, más ricos...

Con todo, los grandes mistagogos y mistagogas subrayan que independientemente del disfraz que se ponga, el EGO, siempre deja el mismo rastro que es un gran vacío, un vacío interior, la sensación de sin sentido, de absurdo, de cualquier tipo de compulsión porque finalmente la compulsión es un síntoma de ese vacío que de manera desesperada tratamos de llenar con lo que se pueda. Por lo general el EGO se encarga de que tratemos de llenarlo con cosas que nos meten más en el fango en vez de sacarnos de esa realidad del mal.

Nosotros, por lo general, le decimos pecado a nuestras transgresiones. Cuando vamos a confesarnos casi siempre hablamos de transgresiones es decir, de leyes o preceptos que violamos: le robé a tal persona o dije tal mentira, etc. sin embargo todo esto es, más bien, síntoma de una enfermedad más profunda que es el pecado.

San Pablo tiene una serie de pistas cuando habla de almas enfermas y almas en proceso de sanación. Por ejemplo en Romanos 1:29, tiene esta lista: injusticia, perversidad, codicia, maldad, envidia, homicidio, pleitos, engaños, malicia, difamación, traición, odio de Dios, ultrajes, altanería, habilidad para el mal, insensatez, etc. y en Gálatas 5:19, tiene otra lista: convertir el propio cuerpo y el ajeno en objetos de consumo, libertinaje, idolatría, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, adicciones, etc. A todo esto Pablo les llama obras de la carne, carne entendida como “sarcs” es decir una carne enferma, bueno, ya más que enferma muerta, y los pone ahí como síntomas.

No se trata de que me voy aprender estas listas para que desde mañana ya no sea perverso, ya no cometa injusticias, ya no sea codicioso, etc. Eso no se puede hacer. Es un engaño del EGO. Por más que tú te propongas, desde tu voluntad, desterrar todo eso de ti, no lo vas a lograr pero aún, a veces te vas a meter más como los animales cuando caen en las arenas movedizas. Dicen los que saben que si alguna vez les pasa eso, no se muevan hasta que alguien les ayude a salir. Mientras más se mueve uno más se hunde.

La clave para salir de este atolladero es acudir a otro. Hay que romper radicalmente con el dinamismo del auto-centramiento, el dinamismo del mal, porque el EGO te va a tratar de engañar. El EGO te dirá que la respuesta de tus problemas esta en ti, que solamente tienes que buscarla pero mientras más se meten a buscarla más se hunden. El EGO elabora discursos bellísimos para embriagarte con ellos pero sólo duran un rato hasta que finalmente uno descubre que eso no lleva a nada. Para encontrarnos a nosotros, para encontrar la fuerza que está en nosotros para salir adelante se tiene que acudir al OTRO (con mayúscula). Se revela desde afuera, el proceso de salir del auto-centramiento a una visión y un dinamismo nuevos.